

VIII

En la vida los sucesos suelen ya precipitarse y atropellarse con vertiginosa rapidez, ya pararse flemáticos, sin que nada acelere su andar de tortuga. Esto último me aconteció después del día memorable en que recibí la visita de Onarro. Tras de horas tan accidentadas, vino una semana lenta en que no ocurrió cosa particular. Asistí á clase, y Onarro no dió leves indicios de acordarse de la historia de la capa y de sus consecuencias. Mis compañeros continuaron comentando mi sabiduría, que andaba tan oculta, y á la vez la entrevista de Onarro conmigo, que averiguaron no se por qué medios, y que atribuyeron, como era de esperar, á graves disquisiciones y diálogos científicos de la mayor importancia. Por lo común, ninguno de los embustes que ruedan por las bocas del vulgo deja de fundar su origen en un dato cierto; solamente que es mejor carecer de datos que tenerlos y servirse mal de ellos. Existe un fondo de verdad en toda fábula, mas el hecho real llega á desaparecer por completo ó quedar soterrado bajo el mito.

Por lo que respecta á Pastora, no pude pescar otro momento en que la dejase sola su Argos. Por

D. Nemesio supe que continuaba hablando de monjío: lo que achaqué á disimulo y destreza. Mas no servían de nada las moratorias, dado el carácter del porfiado pretendiente que Pastora se ganara. Al pedir D. Víctor á la sobrina del canónigo, pensó ser llevado en palmas y entrar bajo arcos triunfales por la puerta del matrimonio; y así los velos del orgullo le encubrían la desigualdad del enlace. Mas al advertir que lejos de ser acogido con halago y de encontrar francos los caminos, le era forzoso rogar y esperar y temer, experimentó primero un asombro sin límites, después una ira sin freno. En suma, él se halló humilladísimo, y desde el mismo punto se volviera atrás de lo dicho, y deshiciera el nudo, á no parecerle que cejar así era peor y más vergonzosa derrota. Entonces su amor propio resentido le dictó una resolución irrevocable como todas las que toman hombres de su temple: que no sin razón se ha dicho que la terca firmeza es virtud de necios. Fuese, pues, una mañana con D. Nemesio á casa de D. Vicente, y llamando á cónclave á *misía* Fermina, manifestó sin rodeos á todos que ó Pastora se determinaba á darle un sí claro, explícito y redondo en el plazo improrrogable de ocho días, sin que entre el sí y la ida á la iglesia mediasen más de veinticuatro horas, ó tuviesen entendido que se rompía y desataba todo proyecto matrimonial. Al proponer esta última tregua, estaba D. Víctor pensando entre sí que, de desairarle

aquella modesta muchachilla, no le quedaba otro arbitrio para ocultar el bochorno sino salirse de Santiago por siempre jamás amén. Doña Fermina puso el grito en el cielo, protestando que eso era forzar las cosas; que puesto que la niña iba fijándose cada día más en las singulares prendas del señorito de la Formoseda, todavía no era posible, ni aun decoroso, que en tan corto tiempo le correspondiese y pagase con la debida vehemencia. Don Nemesio se limitó á aconsejar á D. Víctor procurase insinuarse por suaves medios con Pastora, lo cual era muy hacedero para un joven de dotes tan relevantes. En cuanto al canónigo, oyó con gran reposo la arenga del mancebo, haciendo señales de asentimiento á cada uno de sus períodos; y así que todos hubieron hablado, levantóse trabajosamente del sillón, en que más y más le crucificaba la gota, y dando una palmada en el hombro de D. Víctor:

—Tiene usted razón de sobra—le dijo.—Cuanto ha alegado usted está dentro de los límites de las exigencias más justas. Déjelo usted de mi cuenta, que yo le prometo que al plazo señalado sabrá usted á qué atenerse, y no me le entretendrán con disculpillas de mal pagador. Basta mi palabra.

En efecto, cumpliendo la oferta hecha al señorito, llamó más adelante el canónigo á Pastora á su cuarto, sin testigos, y pasó con ella una plática cuyos resultados conoceremos á su tiempo.

No supe yo entonces la circunstancia de la inti-

mación de D. Víctor, que acabo de narrar. Faltábame todo medio de comunicarme con Pastora, pues hasta la estratagema de las cartas en la capa se hiciera imposible, atendido que D. Vicente me recibió un día con serio semblante, frunciendo sus temerosas cejas, visto lo cual no me arriesgué á repetir la visita.

Andaba yo, pues, del peor talante posible, y entre tantas dificultades y pequeños tropiezos no se apartaba de mi mente el recuerdo de la extraña entrevista con Onarro. ¿Sería verdad que aquel hombre poseía medios para enriquecerme? A veces esta idea se me presentaba posible, verosímil, inmediata. Otras pensaba en el invariable y raído gabán color nuez del sabio, y á mandíbula batiente me reía de mí mismo. Sin embargo, aquella quimérica esperanza no se separaba de mí. Rumores misteriosos, repetidos y comentados y engrosados en las bocas de todo el mundo, estimulaban mi fantasía. Con mayor insistencia que nunca, afirmábase que el profesor de química andaba dado á buscar la piedra filosofal. Aun se susurraba que Onarro tenía sus puntas y ribetes de mágico, y que aderezaba filtros, bebedizos y elixires peregrinos y de extrañas propiedades; con aquello de mudar las piedras en oro, hacer retoñar un verde y florido jardín en el mes de diciembre, y otras patrañas del mismo jaez, dignas del tiempo de la alquimia, pero creídas del vulgo en todo tiempo. Nadie mejor

que yo pudiera dar valor y fuerza á tales voces, contando las raras ofertas del profesor, que tal saborcillo tenían de pacto diabólico: pero me guardé bien de descoser la boca, diputando por chanza y fábula todo ello.

Al mismo tiempo la ilusión, agitando mi espíritu, me movía á anhelar secretamente fuese real alguna de las soñadas perspectivas. Yo no dejaba de figurarme que bien podía la química tener algo de brujería. Mis conocimientos no llegaran hasta distinguir los fenómenos naturales de los portentos de la magia. Por intuición se me antojaba que las gentes decían en ese respecto mil desatinos; pero careciendo de la racional seguridad con que el sabio calcula, vagas aprensiones me impelían á pensar como las gentes. A medida que pasaban días, adquiría cuerpo en mi ánimo el terror y atractivo de lo sobrenatural. No era posible defenderme. A deshora de la noche pensaba en Onarro, en sus fantásticas promesas, y juntándose todo ello con los dicharachos y consejas del público, allá en mi interior se organizaba un ejército de necesidades.

Juzgue, pues, el lector compasivo, de la impresión que experimentaría yo cuando una mañana, al concluirse la cátedra y desfilar los estudiantes, me llamó Onarro con una leve seña, é inclinándose hacia mi oído, pronunció esta frase, impregnada de misterio y novelescamente concisa:

—Esta noche, en mi casa, á las diez.

No pude responder sino bajando la cabeza en muestra de asentimiento, mientras Onarro, por cuya boca irónicamente plegada ví resbalar una enigmática sonrisa, se levantaba y salía de la clase con ambas manos forradas en los bolsillos del indefinible gabán.

¡Si pasaría yo preocupado é inquieto las cuantas horas que mediaron entre el aviso y la de la cita! Donde quiera que me sentase, punzábanme alfileres, y ortigas me picaban. El tiempo se me antojaba unas veces corcel alígero, y otras caracol pelmazo. No quise comer apenas, pues una especie de calentura y tensión nerviosa acallaba las voces, sonoras de ordinario, de mi estómago juvenil. Distráido y atortolado, respondía con troncas palabras á los obsequios empalagosos de doña Verónica y á la acostumbrada afabilidad de D. Nemesio, que acertó aquel día á acompañarme á la mesa. Yo, hecho un azogue, continuamente me asomaba á la ventana, cual si por ella hubiese de ver algo para mí muy importante. En fin, estaba tan alterado, que derramé el agua por la servilleta y al echar á D. Nemesio garbanzos con el cucharón, se los sembré en la sotana.

Fuese yendo el día, y viniendo la noche, no en verdad negra, caliginosa y relampagueante, como conviene á escenas de aquellarre y á diablerías, sino apacible, clara, magnífica, que ni soñada para coloquios de amor. La luna, á la sazón en su zénit,

derramaba suaves olas de luz sobre la austera ciudad sumida en silencio. Vaporosa lumbre y profunda sombra contrastaban en las calles. Me embocé en la capa, y emprendí el camino de la casa del sabio.

Habitaba Onarro en uno de esos caserones vastos y semi-monumentales que abundan en los pueblos ya decadentes como Santiago. Vivienda ayer de ilustre familia, que dejó la residencia de provincia para irse tras del bullicio y gala de la corte, el casi palacio va mustiándose y ajándose: la polilla roe las maderas, la humedad amortigua y descascara las pinturas, la lepra verdosa del musgo invade los escudos heráldicos y las piedras de la fachada, los cristales se rompen uno tras otro, y entonces sus dueños se resignan á alquilar el edificio á un precio siempre más módico que el de los angostos pisos modernos, porque la misma grandeza y anchura del local hace que no poseyendo ningún inquilino muebles suficientes para alhajarlo, parezca un cuartel ó un hospital robado y la desnudez patentice las lacras y arrugas de la ancianidad.

El caserón que Onarro tomara en arriendo mediante una suma nada crecida — y en que se gobernaba sin otra compañía que la de una criada entradita en años — era de lo más ruinoso y triste que imaginarse pudiera. Aumentaban al exterior su aspecto tétrico unas fuertes y gruesas rejas, co-

midas de orín, y tapizadas de venerables telarañas, claro indicio del tiempo que hacía que ninguna hermosa á las ventanas se acercara, prestando oído á alegre serenata estudiantil.

Así de la aldaba de hierro, figura de monstruoso dragón, que más parecía despedir que convidar á la entrada, y sacudí tres vigorosos aldabonazos. Rechinaron con desapacible estridor los cerrojos, gimieron los recios goznes, y apareció la vejezuela criada, con un velón en la mano; y á fe que juzgué que sólo le faltaba la untura para volar por los aires como las Camachas y Montillas, tal era de chupada, sumida y pergaminosa, y tanto acusaba los planos, líneas y sinuosidades de su esqueletado rostro aquella rojiza luz. La clara y fría de la luna me mostró allá en el fondo un patio ó claustro, con arcos y columnas, en cuya balaustrada superior, calada como encaje, descollaba de trecho en trecho un escudo de armas rematando en casco ó cimera. A la izquierda se enroscaba carcomida escalinata, que ascendí precedido por la Marizápalos.

Hízome cruzar varios pasillos y habitaciones, frías y sin muebles, en que nuestras pisadas retumbaban con eco solemne y lúgubre, y señalándome al extremo de un gran salón, en que las paredes lucían aún pálidas cenefas y descoloridos frisos al temple, una puerta, bajo la cual se filtraba una línea luminosa, me dijo con voz de catarro, mostrando la traspillada dentadura:

—Puede pasar si gusta.

Y se alejó con su velón.

Confieso que me quedé indeciso un punto. No las tenía todas conmigo, como suele decirse. Al fin herí blandamente con los nudillos las hojas de la puerta, y éstas cedieron sin otro esfuerzo á tan leve presión, abriéndose cual por arte de birlibirloque.

El espectáculo que se ofreció á mi vista turbada, me dejó cosido al umbral. No conocía yo entonces por cierto ninguna de las obras maestras de la literatura demonológico fantástico-transcendental, tan en boga actualmente; no había visto *Fausto*, ni *Roberto el Diablo*, ni siquiera leído el *Mágico prodigioso*, de nuestro admirable Calderón; ignoraba totalmente las formas, disfraces y tipos que gusta de adoptar Luzbel para hacer á mansalva sus picardigüelas y bellaquerías por acá abajo: y con todo eso, corrió por mis venas terrible escalofrío, y á tener ánimos, no parara hasta la calle, cuando ví á Onarro vestido con larga hopalanda de color rojo de sangre, destacándose sobre un horno ó brasero de ardientes y movibles llamas, y sosteniendo en la mano diestra un pajarraco enorme, sin duda buho ó mochuelo, que al verme exhaló ronco y amenazador graznido. Flaqueáronme las piernas y se me pusieron de punta los cabellos... ¡Lo que es la imaginación! Sobre que después de media hora de estar sentado cerca del profesor de química, y de haber palpado la rara hopalanda, que no era sino

abrigada bata de tartán, y de calentarme á la hoguera misteriosa, que era excelente chimenea inglesa en que ardía razonable cantidad de cok, y de oír al supuesto buho—un loro muy sin vergüenza—llamarme *cobarrvde* y *borrrriiico*, aún me temblaban las carnes, y aún me corría sudor desde la raíz del pelo!

Onarro, que casi á viva fuerza me arrastrara al interior del gabinete, sentándome poco menos que como á un niño en la butaca, había sacado de una alhacenita una botella, un vaso y dos ó tres bizcochos, y escanciándome un Jerez aromático, de color de caramelo, obligóme á beberlo para que me repusiese y sosegara. Avergonzado yo de la sátira fina y sutil que se contenía en tales cuidados y mimos, permanecí como un doctrino, sin saber qué rostro poner. Sentóse Onarro frontera á mí, y la claridad intermitente del fuego, alumbrando á trechos su cara, la hacía aparecer más sarcástica, aguda y burlona que de ordinario.

—Viendo estoy—me dijo sin apartar de mí sus ojos, no velados entonces por los azules espejuelos—que no va usted á servirme para lo que yo le he menester. Es usted medrosico é impresionable, tiene usted fibras de azúcar cande, y yo le he advertido, y mi conciencia me manda se lo repita, que hay peligro de muerte.

—Ya he respondido que eso no me arredra, ni me se da de ello un bledo—contesté con intrepidez

aumentada por las cosquillas del generoso licor y el grato fomento de la lumbre.

—Sin embargo; como ha mostrado usted así... cierta vacilación y parálisis repentina...

—Señor, le seré á usted franco; lo que á mí me asusta son ciertas cosas que... vamos, serán niñerías y simplezas, pero no puedo remediar el temor que me causan. Montañés nació, y criéme entre mil cuentos de asombro; allí, en las noches sin luna, vemos pasar con sus antorchas sepulcrales la misteriosa procesión de la *Compañía*; allí los fuegos fátuos del cementerio, cuyo origen nos explicó usted el otro día en clase, se consideran almas de difuntos que vagan entre la niebla, y, realmente, como tienen aquella maldita gracia de correr detrás del que escapa y de huir del que los sigue... En fin, no se hable más del asunto, que de día me pondré yo con el mismo Bernardo de Carpio. No retrocedo ante ese peligro que usted dice.

—Yo cumplo con un deber al declarar á usted que lo hay, y muy grande. Importa que usted se penetre de ello, á fin de que disponga y ordene sus negocios temporales y espirituales, no sea que el lance le coja desprevenido.

—¿Ha de ser el peligro de tal especie que á nada dé lugar?—pregunté yo un poco menos decidido.

—A nada.

—Según eso, ¿puedo morir de repente?

—Como herido del rayo.

—¡Zambomba!—pensé para mis adentos—¡y qué serio lo dice el condenado! Esto tiene traza de ser una verdad como un templo. No faltaría más sino que al enfrascarme en tal aventura corriese yo el riesgo que me están anunciando, y á la vez me saliese vana y huera la perspectiva de los millones y los tesoros. ¿Quién me mete á mí en libros de caballería? No, lo que es sin ciertas aclaraciones previas no va el hijo de mi padre á ponerse á morir así, sin tener ni aun tiempo de decir oste ni moste.

—Parece que se ha quedado usted pensativo—advirtió incisivamente el profesor.

—El caso no es para menos, señor D. Félix—repliqué acariciándome maquinalmente la barbilla.

—No se figure usted que experimento lo que en rigor se llama miedo, no, en verdad, pero digo...

—Dice usted...

—Digo que la vida no es grano de anís para jugarla contra promesas y esperanzas que, así yo medre, no sé en qué puedan fundarse.

—Razón tiene usted—repuso Onarro con mucho sosiego—y con efecto, ya me guardaría yo bien de poner en punto de perderse su vida de usted ni la mía propia, á no contar con un sesenta por ciento de probabilidades de venturoso éxito.

—¿Usted cree?—contesté no muy persuadido.

—No creo. Estoy seguro de que de cien veces sesenta...

— Bien, señor D. Félix: yo abrigo gran confianza en usted y en su saber; vaya si la abrigo; pero en puridad, si usted quisiera indicarme así... algo de lo que... en fin... Porque si usted me explicase un poquito de lo que vamos á hacer, y yo comprendiera que no faltan esas probabilidades que usted dice, arrostraría con gusto todos los peligros que sobrevenir pudiesen.

Rióse Onarro al oirme, y abriendo con una llavecita un secreter ó papellera situado en el ángulo de la habitación sacó un grueso rollo de papeles, que me puso sobre las rodillas. Miré y ví que las páginas estaban garrapateadas en todos sentidos de fórmulas químicas y algebráicas. Viendo el profesor que yo permanecía confuso y sin saber qué decir, me tomó de la mano, y sacándome del gabinete por una puerta lateral, me hizo atravesar pasillos, hasta que llegamos á una pieza estrecha y abovedada, que daba señales de haber sido oratorio, pues aún se conocía el lugar en que estuvo el ara santa, y se divisaba en la pared el negro hueco del nicho que contuvo la imagen. Una lámpara mortecina alumbraba el sitio, y en el centro había una larga mesa: por los muros corrían anchos estantes, y estantes y mesa soportaban la carga de aparatos, máquinas y pilas de mil formas y dimensiones, y botes y frascos de diversísimas figuras: todo lo cual no sabré yo detallar por menudo así me asaeteen, puesto que si alguno de aquellos ins-

trumentos más vulgares, como microscopios, espectróscopos, campanas pneumáticas, los conocía de haberlos visto emplear para experimentos, ó para describir sus efectos en clase, la mayor parte de los que allí se veían, tubos, placas, cilindros, hélices, discos, cubos, galvanómetros, giróscopos, cápsulas y matraces, eran para mí tan ignotos como las letras del alfabeto chino. Volvióse Onarro hacia mí, y me preguntó festivamente:

—¿Qué saca usted en limpio?

— Nada—respondí, contentándome con pasear mis espantados ojos por la revuelta prendería del lúgubre laboratorio. A la luz opaca de la lámpara, los cristales y bronces, limpios como el oro, arrojaban fugitivos y misteriosos destellos, y las siluetas de las extrañas máquinas se dibujaban sobre la pared caleada como animales monstruosos y grotescos. Entonces Onarro me habló:

— Ya se lo he dicho á usted: este es un contrato celebrado para *inter nos*, y que usted selló con solemne juramento. En tal asociación y pacto, usted representa para mí lo que cualquiera de esos aparatos que ve usted alineados en los estantes: mero instrumento y nada más. Para usted que no aspira en modo alguno á la gloria, á la celebridad, á los grandes descubrimientos, para usted la riqueza, los montones de oro, única recompensa y salario que exige por el peligro que arrostra. ¡Para mí el honor eterno, el rastro de luz en la historia, la inmorta-